

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 2,22-40.

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor [(de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor») y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones»).

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo.

Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres (para cumplir con él lo previsto por la ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel.

José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre:

—Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.]

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

LA FAMILIA OBRA DE DIOS

En este primer domingo después de Navidad, celebramos la festividad de la **«Santa Familia de Nazaret»** y el Evangelio nos invita a reflexionar sobre la experiencia vivida por María, José y Jesús mientras **«crecen juntos como familia en el amor recíproco y en la confianza en Dios»**.

De esta confianza es expresión el rito cumplido por María y José con el ofrecimiento del hijo Jesús a Dios. El Evangelio dice: **«Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor»**, como requería la ley de Moisés. Los padres de Jesús van al templo para confirmar que el hijo pertenece a Dios y que **«ellos son los custodios de su vida pero no son los propietarios»**. Y esto nos hace pensar. Todos los padres son custodios de la vida de los hijos, pero no propietarios y deben **«ayudarlos a crecer, a madurar»**.

Este gesto subraya que **«solo Dios es el Señor de la historia individual y familiar»**. Todo nos viene por Él y cada familia está llamada a reconocer tal primacía, **«custodiando y educando a los hijos para que se abran a Dios»** que es la fuente de la misma vida. Pasa por aquí el secreto de la **«juventud interior»**, testimoniada en el Evangelio por dos ancianos, Simeón y Ana. El viejo Simeón, en particular, inspirado por el Espíritu Santo, dice a propósito del niño Jesús: **«Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser señal de contradicción [...] a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones»**

Estas palabras proféticas revelan que Jesús ha venido **«para hacer caer las falsas imágenes que nos hacemos de Dios»** y también de nosotros mismos. **«Para rechazar las seguridades mundanas»** sobre las que pretendemos apoyarnos. **«Para hacernos renacer hacia un camino humano y cristiano verdadero, sobre los valores del Evangelio»**.

No hay situación familiar que esté excluida de este camino nuevo de renacimiento y resurrección. Y cada vez que las familias, también las heridas y marcadas por la fragilidad, fracasos y dificultades, **«vuelven»** a la fuente de la experiencia cristiana, **«se abren caminos nuevos y posibilidades inimaginables»**.

El relato evangélico de hoy relata que María y José, **«cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor y volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret»**. Y termina el Evangelio diciendo que **«el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría y la gracia de Dios estaba sobre él»**



Una gran alegría de la familia es el crecimiento de los hijos. Los hijos están destinados a crecer y hacerse fuertes, a adquirir sabiduría y a reconocer a Dios, a acoger su gracia, **«tal como le sucedió a Jesús»**. Él es realmente uno de nosotros: el Hijo de Dios se hace niño, acepta crecer, fortalecerse, está lleno de sabiduría y la gracia de Dios está sobre Él. María y José tienen la alegría de ver todo esto en su hijo y **«esta es la misión de la familia»**, crear las condiciones favorables para el crecimiento armónico y pleno de los hijos y **«puedan vivir una vida buena, digna de Dios y constructiva para el mundo»**.

A imitación de la Sagrada Familia, hoy especialmente estamos llamados a redescubrir **«el valor educativo del núcleo familiar»**, que **«debe fundamentarse en el amor»** que siempre regenera las relaciones abriendo horizontes de esperanza. Un espacio en el que experimentar y vivir **«afectos profundos»**, donde esté presente la **«oración»** y el **«perdón»** prevalezca sobre la discordia. **«La familia evangeliza con el ejemplo de vida»**.

Dice el Papa Francisco que hay tres palabras mágicas que hay que tener permanentemente presentes: **«permiso, gracias, perdón»**. **«Permiso»**, para no importunar a los demás, para ser respetuoso. **«Gracias»** por tantas ayudas y servicios que recibimos de la familia. Y, la más difícil de decir, **«Perdón»**. Y es que no pocas veces hacemos cosas que no están bien y alguien se siente ofendido. No olvidemos, pues, estas tres palabras: **«permiso, gracias y perdón»**. Si en la familia se utilizan con frecuencia la familia tiene mucho camino hecho, **«la familia estará bien»**.

Que el ideal evangélico de la Sagrada Familia impregne nuestras familias de solidaridad para que se conviertan en **«levadura de una nueva humanidad»**. Invoquemos por ello a **«María, Reina de la Familia»**. ¡Que así sea!